

El cine de hacer la pascua

EN Navidad todo el mundo es tonto. Oficialmente, por lo menos. Y en la pequeña contribución que el cine tiene en el acontecimiento general, no pueden faltar los llamados "estrenos de Pascua", presuntas películas "importantes" de calidad excepcional, que puedan convencer a las familias de que abandonen las delicias del hogar moderno y acongojarlas con las salas de cine. La publicidad anuncia estos estrenos como "los propios de las fiestas", como el turrón, los regalos de reyes, las uvas y las sandeces propias de esta cultura nuestra que no da más que disgustos...

Las películas "de Pascua" difícilmente serán películas "desagradables" a condición de que vengan servidas por unos repartos extranjeros maravillosos. Sería impensable una película triste o terrible en un momento en el que la gente debe ser feliz por decreto, es decir, en el que la gente debe ser tonta...

Pero si todo el mundo lo es oficialmente, los niños deben serlo de una manera muy especial. Bichos propios para el consumo, los niños acaban por ser las grandes víctimas de estos festejos, dado que se les ha asignado el papel de grandes protagonistas. Son fiestas "para ellos", donde, dicen, vuelquen sus ilusiones y hagan de su capa un sayo. Y el cine, naturalmente, no puede olvidarlos: son los consumidores de la Navidad, como lo son también en la llamada "semana santa" o en las vacaciones. Raro es el local cinematográfico que se escape a la tentación de programar películas "especialmente indicadas para menores". Películas con el "nihil obstat" de las empresas norteamericanas y de sus filiales en la censura administrativa. Películas "para todos los públicos" o "para mayores de catorce años acompañados", maniobra esta última de una astucia sorprendente: con ella se consigue que los niños puedan ir más a menudo al cine, duplicando los ingresos de taquilla. La censura es la gran aliada de estas empresas económicas: impidiendo la entrada de los niños a las películas "normales" para "adultos" se logra dividir el mercado, haciendo creer que esas películas para "adultos" son más complejas y "fuertes" cuando en realidad son tan bobas, ingenuas y falsas como todas; no hay que olvidar que en este país el adulto ha sido marginado legalmente de la vida normal, o lo que es lo mismo, la vida normal ha sido alejada de la cotidianidad del adulto.

Es ya un tópico decir que las películas "especialmente dedicadas para menores" son las que acaban incluyendo en sus imáge-

La programación normal de los cines españoles ofrece escasas variantes.

No son las películas "excepcionales" las que determinan el común denominador que sufrimos. Pero son los niños las mayores víctimas de esta situación.

nes las mayores salvajadas, los más espléndidos espectáculos sanguinarios, las más atroces secuencias de terror... Al niño se le va preparando a la violencia; sólo se le descarta lo que los censores llaman "escenas de amor". Se trata de prepararlos para la inquisición, de forzarles los instintos, de imponerles "principios" morales y vitales que trastocan su vida entera... También es un tópico (y tan cierto

una astuta manipulación de la energía juvenil que, encauzada con principios de "marketing" logre que al cabo del tiempo el voto esté asegurado para los de siempre...

Naturalmente hay también películas "no violentas", títulos que se consideran más "especiales" para los tiernos infantes. Son esas películas que (cuando aún no había movimientos feministas tan conductores como los actuales) se

Diego Galán

como el anterior) que las películas "infantiles" se hacen de espaldas a los especialistas y, naturalmente, a la propia decisión de los niños. Estas películas surgen del análisis de un mercado en el que hay que conseguir dos éxitos fundamentales: que los padres (obligados por la ley a acompañar a sus hijos) "disfruten" en el cine con las mismas monstruosidades que ellos ven ejerciendo de mayores y que los niños descarguen la agresividad que los propios padres les crean. Una catarsis de la violencia reprimida o

declan "de mujeres". Películas ñoñas que conviertan a los niños en mariposas celestiales, en obedientes siervos de los caprichos paternos, en ejecutivos modelos que encierren en su corazoncito la esperanza del príncipe de turno en la variante sexual que cada sexo o cada época determine. Películas de colores y canciones a las que tanto contribuyó el tan homenajeadado como siniestro Walt Disney, mentira hecha cine por medio de las grandes productoras norteamericanas; dibujos medievales que nunca



"Heidi" no sería la única cineasta aprovechada por el lanzamiento televisivo. Replanteando lo de siempre, el negocio es más seguro.

coincidieron con las particulares vicencias estéticas de los niños, sino con la autoritaria designación de los potentados para distribuir la porción de imbecilidad correspondiente a ese gran número de consumidores que forman los niños. Walt Disney sirvió en su vida con la misma fruición la propaganda de una guerra que los sentimientos atormentados del hombre pacífico y obediente del fascismo en colores. Y si la referencia a Walt Disney es de nuevo un tópico, no es menos necesaria su cita: aún continúan exhibiéndose sus películas. Para estas Navidades, por ejemplo, se repone por enésima vez "La Cenicienta", como si nada hubiese cambiado desde que se hiciera, como si los niños fueran siempre los mismos y el hecho de ser niño obligara a repetir un esquema idéntico siglo tras siglo.

Lo que no ha cambiado realmente es el principio comercial que mueve estas películas. Y si en los despachos de las productoras norteamericanas (que hoy relanzan "La Cenicienta" a escala mundial) se organiza esta memez en forma de película haciendo creer que los sentimientos infantiles no varían, de hecho se explota otra vertiente posible: la de dirigir estas reposiciones a los padres, fomentando su deseo de reencontrarse prosternamente en el cine. Si la familia es la gran aliada de la censura (o su forma primitiva o su gran mantenedora), hay aquí una forma clara de contemplarla. Y si en lugar de repone simplemente películas antiguas se confeccionan "nuevas versiones" de títulos viejos, las razones son idénticas: se trata de proponer a esos padres de reencuentro anterior disimulando la carencia de medios técnicos de aquellos títulos, sustituyendo las voces de los actores por otras más "modernas", aplicando las novedades fotográficas para hacer más fácil y disimulado ese consumo. Las nuevas versiones son la bandeja de la memoria antigua, el celofán que transforma el recuerdo en lo que realmente se quiere recordar. En definitiva, son reposiciones para hacer sentirse jóvenes a los viejos, utilizando a los hijos como coartada, obligándoles al tiempo a repetir mecánicamente unas biografías...

Hay quien, lógicamente, escribirá que los niños son felices con estas películas, con estos disneys, estos kingkones redivivos, estos zorros coloreados (emociones y risas de un zorro diferente!), y hasta es probable que tengan razón. Son felices en los cines como lo son sus padres contemplando la televisión del Niño y el Arnestoy. En el país de los ciegos, Kiko Ledgard es el



"La concienista" es uno de esos títulos "eternos"; de la mano farisaica de Disney, sus reaccionarios valores se consideran como especialmente dedicados a los menores.

rey. Y los pobres críos consumen lo que les echen, como todos acabamos tragándonos los mismos disneys de las nadiuskas y los landas...

Al margen de los títulos "eternos", hay otros coyunturales que los distribuidores tampoco rechazan. No hay mejor película infantil que la que televisión ha promocionado ya. "Sandokán", por tanto, será el título más constructivo, esperanzador y relajante de cuantos el mundo han sido, o "Wickie el Vikingo". Pregunten si no a los productores y distribuidores y verán cómo ellos les convencen de las desinteresadas razones que mueven a este estreno. Las mismas razones que hace unos meses permitía desempolvar del baúl de los recuerdos viejitas y malolientes versiones de ese estúpido cuento de la Spyrri llamado "Heidi". La falta de pudor a la hora de promocionar películas no ofrece cortapisa ni valladar; cualquier película rentable es "especialmente indicada para menores". No hay pedagogo ni censor que pueda resistirse a las convicciones que ofrecen los potentes recursos publicitarios de las empresas norteamericanas (que en España aparecen en ocasiones rebautizadas con nombres españoles, como si se hubieran convertido a la ex democracia orgánica).

Las llamadas "distribuidoras especiales para niños" (estatales o privadas) se dedican a explotar los tarzanes de siempre, las heidis televisivas o películas similares, encontrando para su alta misión pedagógica la oportunidad mercantil de la coyuntura. Estas distribuidoras no se plantean la posibilidad de transformar la estructura del cine infantil, ofreciéndolo directamente en los colegios donde los niños se reúnen. Este tan claro como necesario objetivo eliminaría esa triste

necesidad de la comercialización barata de cualquier película, limpiaría de intereses complejos el cine infantil y, en definitiva, obligaría a la importación de otras películas infantiles que países más civilizados que el nuestro realizan con un rigor que aquí sorprendería.

Pero sería absurdo pretender crear aquí alguna diferencia entre el mercado de los mayores o el infantil. Los mecanismos comerciales son los mismos, y cuantos se enriquecen de un lado repiten miméticamente sistemas idénticos para el lado complementario. Aquí es "infantil" una película cuando consigue la autorización pertinente, y ésta se logra cuando los censores de turno, por las razones que sean, no han logrado sentirse pecadores ante una proyección: averigüe usted las razones que tienen esos censores digitales para comoverse en un sentido u otro; averigüe por qué los lanzamientos comerciales de las multinacionales coinciden con sus premisas morales... De nada servirán los esfuerzos que algunos festivales internacionales especializados en el tema (y, por favor, no consideremos demasiado como tal el único que hay en España, el de Gijón, ya que sus planteamientos no difieren de los de los censores o los de las multinacionales citadas). En esos festivales se proyectan una serie de películas que nada tienen que ver luego con la realidad cinematográfica de nuestro país, como ocurre igualmente con los festivales "para adultos"; en éstos no se repite su programación en las salas comerciales normales o se escamotea de sus proyecciones lo que de verdad tiene algo que ver con los temas que nos importan a todos. El término "adulto" debió inventarlo algún optimista...

El cine mediatiza la infancia tan-

to o más como la edad adulta. Si estos días son "el imperio de los niños", dado que son quienes más objetos inútiles pueden llegar a comprar, en el período denominado de la "semana santa" son protagonistas igualmente. La relación entre ambas etapas hay que encontrarla en las vacaciones escolares. Los cines españoles no pueden proyectar en esa semana película alguna "no autorizada especialmente para menores". Los padres cándidos creerán que se trata de una honesta operación destinada a no corromper en esos días loables la imaginación infantil, sin caer en la cuenta de que se trata de explotar al máximo la posibilidad de consumo de los que descansan. Si las distribuidoras han comprendido que con los niños en libertad au-



"King-Kong" es uno de esos títulos que siempre permiten una nueva versión, idéntica (o peor) que la anterior para que los mayores se sientan de nuevo jóvenes.

menta la taquilla, surge implacablemente una disposición oficial que cierre la posibilidad de que un local cinematográfico normal continúe dedicándose sólo "a los mayores". Altruismo, como se ve, debidamente estudiado y canalizado...

Como cuando algunos padres igualmente cándidos se sorprenden de que en determinados puntos de verano no haya demasiados problemas para que los niños entren a ver películas no autorizadas para ellos. Sorprendidos del liberalismo de los porteros o los empresarios, no entienden tampoco que esa manga ancha coyuntural es consecuencia de una evidencia: no puede rechazarse al consumidor bajo ningún pretexto. Si no son los niños quienes acuden a estas sesiones veraniegas, ya me contará usted quién va a hacerlo en su lugar... La libertad, como es costumbre, se administra por los ingresos. Y en los pueblos veraniegos no hay otra manera de enriquecerse...

Porque aceptar como excepción estas medidas "aperturistas" del sol y la playa es aceptar de alguna forma la censura como medida justa, entrar en el juego de cierta supuesta racionalidad cuando los auténticos motivos para dividir películas para mayores y para niños es la forma ideal de fomentar dos campos del mismo mercado, dos posibilidades de ingresar más... La diferencia posible entre unas películas y otras tiene también otra causa: si las películas "normales" conducen a negar la crítica como postura activa y valiosa, el cine "infantil" es aún más descartado en esta orientación. Receptores de nuevos mundos, los niños se sienten más desvalidos. Y en películas como "El león del fin del mundo" o los mil Robin Hood, como posiblemente en la tan anunciada por TVE, "El comisario escarlata", de inmediato estreno (¡Dios mío, quién será el mecenas que la distribuya!), se produce una fácil identificación entre el personaje desvalido de la película y el niño espectador, se niega cualquier posibilidad crítica, cualquier desarrollo de la independencia del niño. La imbecilidad de las películas infantiles es la misma que la de los adultos, pero mientras que en las de éstos pueden existir trampas de europelismo y libertad, en las de los niños el chantaje de su soledad en caso de desobediencia es la única norma.

El niño sigue siendo la víctima de una manipulación directa o delegada; la víctima tonta de las navidades, de la "semana santa", del verano o de la vida en general, como lo son también sus padres, pero en una situación aún más trágica. Los padres quizá puedan tener acceso a referencias diferentes a las que el cine o su trabajo les suministran. Los niños tienen que inventárselas... El mundo es de ellos y por eso se lo quitan regalándoles vacaciones de Navidad. ■ D. G.